

**Del postmodernismo a las nuevas geografías
culturales (mesa redonda del XVIII
Congreso de la AGE. Bellaterra,
26 de septiembre de 2003)**

Abel Albet Mas (Coordinador)

*Departament de Geografia
Universitat Autònoma de Barcelona
abel.albet@uab.es*

Núria Benach Rovira

*Departamento de Geografía Humana
Universitat de Barcelona
nuriabenach@ub.edu*

Luz Marina García Herrera

*Departamento de Geografía
Universidad de La Laguna (Tenerife)
lmgarcia@ull.es*

Xosé Manuel Santos Solla

*Departamento de Xeografía
Universidade de Santiago de Compostela
xexss@usc.es*

Resum

Els quatre textos que componen aquesta taula rodona tracten, des de diverses perspectives metodològiques les aportacions més recents en geografia humana de teoria i metodologia

Paraules clau: postmodernisme, geografies crítiques, noves geografies culturals, teoria i geografia

Resumen

Los cuatro textos que componen esta mesa redonda tratan, desde diversas perspectivas metodológicas las aportaciones más recientes en geografía humana de teoría y metodología

Palabras clave: postmodernismo, geografías críticas, nuevas geografías culturales, teoría y geografía

Keywords

The four texts of this round table presents, from different methodological standpoints the most recent methodological and theoretical contributions in human geography.

Keywords: postmodernism, critical geographies, new cultural geographies, theory and geography

EL CONTEXTO DE LA GEOGRAFÍA POSTMODERNA

Abel Albet i Mas

A pesar de que, para esta mesa redonda, se me atribuyó el papel de “moderador”, he creído más oportuno otorgarme el rol de “agitador” o de “provocador”, no sólo porque la moderación tiene un algo de conservador, aburrido y previsible (y la provocación un mucho de divertido, ingenioso y arriesgado) sino por un sincero intento de generar debate o, como mínimo, reflexión entre todos los presentes y no sólo entre los integrantes de la mesa.

Todavía hoy, para buena parte de los geógrafos y geógrafas de este país, a menudo el simple hecho de mencionar la postmodernidad y el postmodernismo desata dos tipos de resortes: o bien el de los rostros atemorizados ante unos conceptos crípticos y un léxico sólo apto para iniciados, o el de las sonrisas reacias reseñando retintines, reticencias y resabios recalcitrantes o reaccionarios.

En realidad, el primero de dichos conceptos (la postmodernidad) nos está refiriendo todos los múltiples aspectos implícitos en el paso de un capitalismo fordista a otro de postfordista; el segundo de ellos (el postmodernismo) viene a presentarnos cuál es la lógica cultural (entendiendo tanto lo de la “lógica” como lo de “cultura” en el sentido más amplio posible) del capitalismo postfordista, caracterizado precisamente por la enorme y multidimensional oscilación epistemológica que supone el replanteamiento sistemático (llámese deconstrucción) del proyecto científico heredado de la Ilustración y constitutivo de la modernidad. Simplemente (uf, y que no es poco).

Dicho así, postmodernidad y postmodernismo tienen un interés indiscutible e irrenunciable para todos los geógrafos y geógrafas ya que, entre otras razones, tanto la geografía (es decir, el territorio) como la Geografía (es decir, la ciencia), están en el mismísimo centro de todas estas transformaciones. Otra cosa es, evidentemente, si estamos de acuerdo con dichas transformaciones y, sobre todo, si nos convencen o no los métodos que se utilizan, si nos atraen o no los procesos que se estudian, si nos decepcionan o no los principios, ideas y teorías que se cuestionan.

Mi propuesta provocativa se canaliza a través de las siguientes cuestiones:

- a. La sensibilidad postmoderna, ¿ha ayudado a avanzar en la configuración de una geografía crítica y socialmente útil? ¿o ha contribuido, en definitiva, a dinamitar los ideales modernos de justicia, igualdad, y otros similares? En geografía, ¿el pensamiento postmoderno supone una revolución equiparable a la que introdujeron las ideas radicales en los años 1960 y 1970?
- b. Las “nuevas geografías culturales”, ¿son una geografía “de moda” (la que “toca” ahora) porque elaboran discursos e interpretaciones sobre la más rabiosa actualidad (celebración de las diferencias, énfasis en lo micro y lo puntual, choque entre lo local y lo global, etc.)? ¿O son un proyecto académico coherente que se inicia con el proyecto político de los estudios culturales británicos y que entronca con el proyecto académico del giro cultural de la geografía radical? Quizá se trate de ambas cosas, entonces: ¿habría que combinarlas?
- c. ¿Por qué al empezar a estudiar seriamente el peso de las variables culturales, se levantan voces alertando de desmaterialización? ¿Nos planteamos esto por conservadurismo y por miedo a entrar en novísimos caminos que, aparentemente, pueden ser sin retorno y que conducen a un replanteamiento total de la ciencia geográfica? Quizá ello se trate de un tema ya asumido en otras disciplinas (en la antropología, la crítica literaria, incluso la sociología o la historia): en geografía, todo esto, ¿nos preocupa por el “qué dirán” en el marco de nuestra disciplina? ¿por el “cómo nos verán” desde otras disciplinas? Tras la fiebre teórico-cuantitativa, ¿no deberíamos estar ya vacunados de los supuestos “peligros” de la abstracción y de la supuesta pérdida de objetos materiales de estudio? ¿No era ya el “espacio” un territorio desmaterializado? ¿Dónde se encuentra el error de una nueva geografía cultural que no quería ser culturalista?

- d. ¿Como afrontar la tensión que se crea al afirmar la importancia de la mirada del investigador con el peligro de un relativismo científico paralizante? En su momento la geografía humanística no supo o no pudo resolver un tema similar centrado en la subjetividad del investigador y de la investigación pero ahora los planteamientos y los contextos son muy diferentes. La tan anhelada científicidad de la geografía ¿sigue bloqueándonos? De nuevo... ¿es por conservadurismo y por miedo a entrar en caminos sin retorno que conducen a un replanteamiento total de la ciencia geográfica?
- e. Tanta globalización y tanta localidad... ¿de verdad los geógrafos sabemos tratar con suficiente maestría el juego de escalas que caracteriza la postmodernidad, el pensamiento postmoderno, las nuevas geografías culturales? ¿Tenemos instrumentos para integrar la combinación de escalas en el análisis concreto? El llamado “análisis geográfico regional” ¿está por la labor o sigue proponiendo los mismos cajones estancos de siempre?
- f. Los referentes teóricos del pensamiento postmoderno y de las nuevas geografías culturales son esencialmente anglosajones: ¿es sintomático de algo más que del ya tradicional imperialismo académico y de la producción editorial? En España, ¿no leemos inglés o no leemos teoría? (¿o las dos cosas?) ¿O es que seguimos apegados a lo francófono que, en esta ocasión como en tantas otras, va a su aire?
- g. Las nuevas geografías culturales implican tomar en cuenta el carácter interdisciplinar y comprometido de la producción de conocimiento; permiten evidenciar la interacción de la cultura con los dominios económico y político; denuncian la articulación crítica entre espacio y cultura; y permiten proponer espacios de resistencia y redefinir la ciudadanía analizando:
- la reterritorialización de las relaciones internacionales a partir de los nuevos flujos económicos, políticos y culturales globales;
 - la reterritorialización de las relaciones laborales a distintas escalas favoreciendo la construcción de nuevos espacios de explotación y desigualdad;
 - las implicaciones culturales de las nuevas políticas en la definición de nuevos espacios de exclusión y de resistencia;
 - las transformaciones en las ciudades: creación de imaginarios y de representaciones; redefinición del urbanismo; análisis de las políticas culturales en la definición/planificación de la ciudad y sus implicaciones en términos de redistribución y conocimiento;
 - las nuevas formas (institucionalizadas o no) de circulación de cultura y su contribución, tanto en la definición de nuevos espacios públicos (internet) como en la redefinición de los espacios tradicionales (la calle);

Dicho así puede sonar teórico, académico y quizá aburrido pero es indudable que todo ello conlleva un proyecto político y de interpretación de la realidad cotidiana próximo al que muchos movimientos sociales reclaman; es también indudable su poder de compromiso, transformador y, pues, aplicado y pragmático. ¿Por qué, pues, “engancha” poco? ¿Sólo debido a la ola de despo-

litización que nos invade? Si las nuevas geografías culturales se expresasen a través de sistemas de información geográfica, ¿tendrían el éxito asegurado?

h. En España, ¿por qué hay tantas reticencias a incorporar las ideas de las nuevas geografías culturales? ¿Sigue asustando la teoría? ¿Se sigue rehuendo asumir la carga ideológica? ¿Hay pánico ante la innovación? ¿Se mantienen los complejos ante el debate y la participación interdisciplinaria, ahora más explícita? ¿Falta un discurso atractivo, agresivo, convincente, contundente? ¿Qué falta en la geografía española (también en la geografía académica española) para que tenga el “gancho” suficiente... ante la sociedad, ante el resto de disciplinas, ante los estudiantes... para que nuestra disciplina sea vista como una vía óptima de interpretación de la espacialidad postmoderna?

No se trata ahora, evidentemente, de contestar a todas estas preguntas-reflexiones-provocaciones pero sus planteamientos, junto con las intervenciones de los ponentes, pueden servir de pistas de reflexión y orientación para el debate. Dichas intervenciones no están planteadas como pequeñas conferencias donde cada cual presenta el tema desde cero sino, directamente, como interpretaciones breves y personales. De momento, una breve semblanza de las personas que integran esta mesa redonda:

Luz Marina García Herrera es profesora en el Departamento de Geografía de La Laguna donde imparte asignaturas relacionadas, esencialmente, con la geografía urbana. De hecho, sus investigaciones se focalizan en el estudio del catastro, de la propiedad y de la promoción inmobiliaria así como los procesos de renovación urbana y de aparición de nuevas centralidades, resiguiendo tanto lo que ocurre en las ciudades canarias como en otras partes. En concreto, y desde una perspectiva crítica, destacan sus análisis en torno a las intervenciones que están transformando las áreas centrales de las grandes ciudades y, en especial, sus efectos sobre los grupos sociales de bajos ingresos: se trata de aquellos procesos conocidos como “gentrification” y que ella sugiere que denominemos “elitización”.

Núria Benach i Rovira es profesora en el Departamento de Geografía Humana de la Universidad de Barcelona, donde imparte asignaturas de carácter general y de teoría y métodos de la geografía. Sus intereses de investigación se basan en el análisis de la ciudad y, en particular, de la política urbana; dedicó su tesis doctoral a estudiar las transformaciones de Barcelona previas a los Juegos Olímpicos de 1992 centrándose en el peso de la producción de imagen de la ciudad como parte activa y decisiva de la política urbana de estos años para alcanzar el consenso ciudadano necesario en momentos de profunda y rápida evolución. Sus investigaciones también incluyen el análisis del discurso y de las representaciones y, en general, de las nuevas geografías culturales, en un intento de desvelar los mecanismos que permitan explicar la relación bidireccional entre espacio y diversidad cultural: en este sentido, concibe el espacio no como mero escenario ni como reflejo de las acciones sociales, sino como parte constitutiva de la misma sociedad.

Xosé Manuel Santos Solla es profesor en el Departamento de Geografía de la Universidad de Santiago de Compostela. Su principal area de investigación está centrada en diferentes aspectos de la geografía social: le interesa estudiar las relaciones sociales que se producen en el espacio así como las transformaciones que se dan en dichas relaciones como consecuencia de la globalización. La pesca (la crisis experimentada por las comunidades pesqueras gallegas ante el agotamiento de los caladeros y la profesionalización de ciertos procesos) y el turismo (su impacto sobre las comunidades rurales locales incidiendo en el papel de la planificación para evitar que se den en Galicia los efectos negativos observados en otras regiones europeas) son sus dos principales campos de estudio en los que siempre enfatiza la perspectiva cultural y de género. Es co-director de la revista *Abalar. A Xeografía galega en construción*.

Y todavía otro ponente. Joan Vilagrasa. Invité a Joan a participar en esta mesa redonda y él respondió inmediata y positivamente con su habitual mezcla de humildad y entusiasmo. Entre los muchos vacíos que ha provocado el fallecimiento, hace tan sólo tres meses, de este amigo, maestro y colega, está, pues, el de su participación en esta mesa redonda. Sin desmerecer la aportación de nadie, creo que las siempre sabias opiniones y los muy meditados criterios de Joan hubiesen enriquecido enormemente nuestra sesión. A pesar de que Joan es insustituible, de una forma u otra, quizá a través de nuestra presencia o de nuestro quehacer o quepensar, su legado está hoy aquí.

Finalmente, me cabe recordar que el gran objetivo de este acto es demostrar la imperiosa e imprescindible necesidad de reflexión teórica en Geografía y contribuir a una mejor comprensión de algunos de sus debates recientes. En este sentido, hay que valorar de manera muy positiva la oportunidad que, en el marco de un congreso de la Asociación de Geógrafos Españoles, supone organizar una mesa redonda dedicada no sólo a un ámbito tan árido y denostado como el pensamiento geográfico sino a una temática que, como se decía, genera aquel tipo de resortes reacios y/o reaccionarios: el gran número de asistentes contradice cualquier expectativa derrotista; gracias por la asistencia y la participación.

Luz Marina García Herrera

Cuando se plantea si la sensibilidad posmoderna ha contribuido a avanzar en la configuración de una geografía crítica y socialmente útil¹ o, por el contrario, ha ayudado a socavar los ideales modernos de justicia e igualdad, me parece apropiado el juicio que expresa el escritor Claudio Magris cuando señala que después de 1989 –Fin de la Historia según Fukuyama– lo que ocurrió es que la Historia (señala él, y la Geografía podríamos añadir) se desentumeció dando lugar a una maraña de *emancipación y regresión*, tan a menudo unidas como las dos caras de la misma moneda (Magris, 2001, p. 9).

Mantendré esta metáfora como imagen de fondo de mi intervención, no obstante su carácter general, pues ya venían produciéndose iniciativas de reflexión y replanteamiento sobre la producción del conocimiento.

Acercándonos a los enfoques sobre la cultura, en los años sesenta se impulsó, por intelectuales marxistas (E.P. Thompson, R. Williams,..), una iniciativa interdisciplinar que incorporaba la cultura como ámbito de investigación, relacionándola con los dominios económico y político. En aquel momento implicó un proyecto académico –en el sentido de avance teórico y de crítica a la producción de conocimiento en la academia tal como se realizaba– y un proyecto político entendido como compromiso social y político (Clua y Zusman, 2002). Se valoraba así la advertencia de Gramsci sobre el reduccionismo de apoyar la explicación sólo en la lógica económica (Gramsci, 1986, p. 129)

En los años ochenta, aparecieron posturas propugnando el desarrollo de una geografía cultural desde una perspectiva radical que incorporase la formación de significados a los lugares, a los paisajes, que diese importancia a los sentidos y al mundo sensorial (Clua y Zusman, 2002).

En los noventa, la irrupción del llamado “giro cultural” (sobre todo en la geografía británica) se centró en otros temas como el análisis de los textos, las cuestiones de identidad (consumo, subculturas, etc.) desde unos fundamentos teóricos y políticos diferentes al proyecto inicial de los sesenta.

El posmodernismo ha propiciado la revisión de categorías y de enfoques; se ha avanzado en el desarrollo de temáticas como los estudios de género, etc. pero, por otro lado, conviene no olvidar que hay un cierto paralelismo entre la despolitización de la sociedad, la postura de “no hay alternativa” y la emergencia del discurso cultural.

Mientras en los años setenta el papel de la política y de los movimientos sociales estaba casi en primer plano, a lo largo de la última década del siglo XX se ha producido la disminución del Estado de Bienestar acompañada del empobrecimiento de la política y la desaparición del interés en la política por parte de la ciudadanía en general. Confluyen estos cambios en un momento en que la sociedad y el individuo posmoderno experimentan una disminución de los empleos, se ven afectados por una sacrosanta flexibilidad laboral que proyecta angustia y aburrimiento cuando no se tiene trabajo –se está *lunes al sol*– y hay un futuro incierto para la mayoría social (Bauman, 2003; Navarro, 2002).

Teniendo en cuenta estas transformaciones sociales, económicas y políticas habría que estar alerta para no elaborar una geografía cultural que confunda la fachada de la realidad con toda la realidad (Magris, 2001, p. 10) y que, si así fuera, me plantearía la duda de si estamos produciendo *socialmente* una geografía cultural oportuna, pero oportuna para los discursos e intereses dominantes. Cabría recordar aquí, en un sentido lato, la observación de Cosgrove (2002, p.89): “*el ojo que estudia la geografía hoy en día no puede negar ni su pro-*

1. Entendida como útil a la mayoría social para un proceso emancipador, y no al poder hegemónico.

pia naturaleza corpórea ni tampoco las lentes culturales a través de las que inevitablemente genera su visión”.

Se trataría, entonces, de desarrollar una perspectiva cultural que analice los espacios vividos, las prácticas cotidianas de los individuos y comunidades, y las dimensiones simbólicas y afectivas de los lugares sin que se queden en un estudio etnográfico; pero además no se trata de “quitar las paredes para ver mejor lo que aguanta el techo” sino de indagar en el intercambio dinámico entre aquella y las relaciones de dominación, de explotación y las dinámicas profundas que las sustentan, incardinándolas con un objetivo emancipatorio.

Por último, respecto al interrogante acerca del juego de escalas que caracteriza la posmodernidad y la maestría de los geógrafos para tratarlas, la respuesta no resulta fácil ni rotunda. La articulación entre lo global y lo local, lo universal y lo particular, es, por naturaleza, problemática. Los marcos locales y regionales vienen condicionados por lo universal, en la medida en que no son independientes de éste. Pero lo universal viene informado, aunque de otra manera, por fenómenos y experiencias locales. Se trata de establecer puentes entre dos realidades *autónomas* pero *profundamente interrelacionadas* (Sabaté, 2003, p. 40). Harvey (2000, pp. 73-94) señala dos aspectos que me parecen esenciales: uno es el hábito que tenemos de pensar en una sola escala de pensamiento y considerar que lo que es relevante a esa escala se reproduce automáticamente en las demás; otro es la escasa reflexión y elaboración acerca de la producción de las escalas geográficas.

Se sostiene que el estado-nación ha perdido parte de sus competencias pero debido a su papel de atraer y crear condiciones favorables y atractivas para la inversión, está jugando al mismo tiempo un papel muy activo en recortar y limitar los derechos laborales, en potenciar la flexibilidad laboral, reducir las prestaciones, etc. Asistimos a una situación paradójica: por un lado se piensa que la pérdida de poder de los estados nacionales justifica las políticas de recortes en gastos sociales, del Estado de Bienestar, etc; por otro hay una atención minuciosa a la escala local –municipios, comarcas, etc.- (en la que participan los geógrafos como fuente de trabajo también) y, afortunadamente, a esta escala sí se plantean medidas de desarrollo que, en muchos casos, van contracorriente (desarrollo rural, conservación del medio, gestión adecuada de las áreas protegidas...); parece que si hay alternativas en la escala micro pero no en la mesoescala. Respecto a la escala local, hay una actitud de esperanza en que se puede transformar la situación existente, de ir hacia “lo que debería ser”; mientras a escala nacional parece haberse instalado una resignación a la sociedad “tal como es”, aceptando la transformación del sector público en un jugador más dentro del mercado.

Bibliografía

BAUMAN, Zygmunt (2003). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.

- CLUA, Anna; ZUSMAN, Perla (2002). "Más que palabras: otros mundos. Por una geografía cultural crítica". *Boletín de la AGE*, núm. 34, pp. 105-118.
- COSGROVE, Denis (2002): "Observando la naturaleza: el paisaje y el sentido europeo de la vista." *Boletín de la AGE*, núm. 34, pp. 63-90.
- GRAMSCI, Antonio (1986). *Introducción a la filosofía de la praxis*. Barcelona: Planeta-Agostini.
- HARVEY, David (2000). *Spaces of Hope*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- MAGRIS, Claudio (2001). *Utopía y desencanto. Historias, esperanzas e ilusiones de la modernidad*. Barcelona: Anagrama.
- NAVARRO, Vicente (2002). *Bienestar insuficiente, democracia incompleta*. Barcelona: Anagrama.
- SABATÉ BEL, Fernando (2003). *El Pargo Salado. Naturaleza, Cultura y Territorio en el Sur de Tenerife (1875-1950)*. Tesis Doctoral. La Laguna, Departamento de Geografía.

TRES CUESTIONES A PROPÓSITO DE LA GEOGRAFÍA POSTMODERNA Y DE LA NUEVA GEOGRAFÍA CULTURAL **Núria Benach Rovira**

En un artículo reciente a propósito de un cruce polémico de posiciones en la geografía norteamericana se señalaba que, habiendo argumentos válidos en una y otra posición, parecía que los autores, en su empeño por defender las propias ideas, escuchaban poco o casi nada los argumentos de los otros (Purcell, 2003). Ésa es una observación, la de la esterilidad de debatir y de discutir sin incorporar a cada argumento propio los acuerdos o desacuerdos con los de los otros, que debería estar presente, casi por definición, en la práctica de la geografía académica, más aún entre los geógrafos que afirman mantener posiciones críticas. A mi modo de ver, eso es de crucial importancia en la manera en la que nos aproximamos a las cuestiones teóricas que han sido objeto de reflexión y de debate en la Geografía Humana de los últimos años, y creo que esa actitud abierta al intercambio de ideas quedó también patente en el desarrollo de la mesa redonda "Del posmodernismo a las nuevas geografías culturales" que se celebró en el marco del XVIII Congreso de la Asociación de Geógrafos Españoles en el mes de Septiembre de 2003.

De entre las muchas cuestiones que se propusieron en aquella ocasión para el debate, me concentré entonces en tres, las mismas que retomo ahora en este escrito: 1) la crítica del modelo de conocimiento científico moderno y el temor a que ésta de paso al callejón sin salida del relativismo científico, 2) la emergencia de una "nueva geografía cultural" y las reacciones opuestas, de entusiasmo o de desconfianza, que ha despertado, y 3) el problema de las escalas geográficas, tal como viene siendo planteado con el uso de "lo global y lo local" como marco de muchas reflexiones, aún cuando a veces sea como un mero latiguillo con escaso contenido geográfico.

Las tres cuestiones han sido objeto de amplios debates en la Geografía Humana a lo largo de los últimos años, pero los argumentos utilizados se han cruzado a menudo con recelos, miedos o desaprobaciones, impidiendo el avance o la superación de las posiciones respectivas. No es mi intención, sin embargo, la de propugnar posiciones de consenso ni la de proponer actitudes eclécticas que poco ayudarían a profundizar en las ideas, sino más bien la de volver sobre algunos de esos argumentos y colocarlos donde puedan ser utilizados productivamente.

1. La crítica postmoderna y el peligro del relativismo científico

Una de las pretensiones que mayor eco ha tenido de la crítica postmoderna al modelo de conocimiento científico ilustrado ha sido la de romper con la supuesta universalidad del conocimiento, poniendo en crisis aquella vieja aspiración de analizar el mundo objetivamente. Aspiración vana, de acuerdo con la crítica postmoderna, si aceptamos que todo discurso, por sus ineludibles condiciones de producción, es producto de un sujeto y de un contexto concreto; dicho de otro modo, todo discurso está siempre determinado social y culturalmente. El discurso científico no sólo no constituye, lógicamente, una excepción sino la muestra más evidente de lo anterior. Cuando es producido por los poderes científicos y económicos del mundo occidental, deja sistemáticamente sin voz a visiones alternativas, diferentes, incluso a las que constituyen su mismo objeto de estudio. De modo, que uno de los caballos de batalla de la crítica postmoderna ha sido precisamente el de afirmar, y reivindicar incluso, la mirada del investigador, presente de principio a fin, en toda observación del mundo al tiempo que señalaba cómo personas y voces diferentes quedaban sistemáticamente excluidas del discurso hegemónico, como sujetos y como objetos de estudio.

Sin embargo, si lo que se observa depende también, y en buena medida, de quien observa, de sus características, de sus valores, de su contexto... si todo depende, puede parecer que eso lleve a que todo valga y a que ya no sepamos a qué atenernos. De modo, que la contrapartida a esa línea argumental de poner de relevancia “lo subjetivo” del investigador ha sido mostrar que ello podía conllevar un peligro de relativismo científico que, a la postre, pudiera conducir a una práctica imposibilidad de decir nada sobre el mundo y, por tanto, a no poder actuar sobre él. Hasta aquí no parece, sin embargo, que esas sean cuestiones demasiado nuevas ya que remiten, sin duda, al viejo tema de cómo estudiamos (o cómo creemos que estudiamos) la “realidad”; remite a la aspiración, vieja también, de un conocimiento científico objetivo y, también, a una actitud defensiva frente a un cierto complejo de inferioridad de las ciencias sociales frente a las físicas. Todo eso fue ya respondido de modo, si no convincente para todos, sí al menos de modo suficientemente demoledor por las ideas sobre el papel de las comunidades científicas en el establecimiento de lo que es científico o verdadero en cada momento histórico (Kuhn, 1975).

No obstante, en un contexto más reciente, la reivindicación de una posicionalidad explícita del investigador ha ocupado un papel principal en los profundos cambios de la Geografía Humana en los años 80 y 90. Al tiempo, la crítica a la producción del conocimiento no sólo se focalizaba en el sujeto sino también en el objeto de estudio. La puesta en tela de juicio de lo que Lyotard (1986) llamo "metanarrativas" llevó, como consecuencia, a la emergencia de nuevos temas de estudio (que podríamos sintetizar en un interés marcado por lo diferente, lo particular, lo heterogéneo o lo complejo). Una de sus consecuencias ha sido el cambio o la refocalización de muchos presupuestos teóricos y metodológicos, incluso viejos términos (como región, lugar, paisaje o cultura) han empezado a ser utilizados de forma diferente (Albet, 2001). La combinación de ambos aspectos, el reconocimiento del poder explicativo de lo particular y, a la vez, de la inevitabilidad del posicionamiento del investigador, ha dado como resultado un uso creciente de métodos cualitativos, casi etnográficos, y una sensibilidad creciente a lo cotidiano, a lo discursivo, y a lo no hegemónico. En conclusión, nos estaríamos enfrentando a una situación de cambio muy compleja: nuevos temas que intentan recuperar la importancia de lo cotidiano, de las representaciones, de lo diferente, de lo local; nuevos métodos, más cualitativos, con más énfasis en la búsqueda de explicaciones que no de regularidades (Sayer, 1997) y el reconocimiento de una posicionalidad, asimismo compleja, del investigador (Haraway, 1995). La pregunta que se plantea y que, a mi parecer, hay que intentar contestar antes que esquivar es la siguiente: ¿puede, con todo eso, continuar haciéndose Geografía; más aún, puede producirse ciencia de alguna clase?

Se ha argumentado que hablar de lugares particulares, de personas concretas, con características diferentes, etc. no debería ser contradictorio con hablar de las grandes cuestiones de la Geografía; hay argumentos suficientes para afirmar que ahí están (también) esas grandes cuestiones (McDowell 1997). O sea, quizá el debate no debería estar tanto en las maneras, en la validez de las estrategias metodológicas, ni siquiera en la elección de los temas de estudio sino en la consideración de cuáles son las grandes cuestiones y, sólo entonces, en qué y como estudiar. Evitar el debate sobre los tres elementos mencionados (esto es, la relevancia de los nuevos temas de estudio, de otros métodos con mayor énfasis cualitativo y de la posicionalidad del investigador) sería, en este caso, equivalente a autootorgarse la autoridad para dictar cuáles son las grandes cuestiones a tratar. Y el problema de definir las continúa siendo, como siempre, desde dónde y con qué finalidad lo hacemos, lo primero que habría que explicitar para continuar hablando. Situada ahí la cuestión me parece que es donde el diálogo, aunque no parta de una coincidencia de posiciones, puede ser tal vez posible y donde puede ser fructífero.

2. La Nueva Geografía Cultural, en el punto de mira

La Nueva Geografía Cultural (NGC) está de moda o, cuanto menos, lo ha estado en los últimos años. Basta mirar el número de artículos en revistas pres-

tigiosas, la cantidad de libros que han aparecido desde que en la década de los 80, Peter Jackson publicara su *Maps of Meaning*. Muchos autores se han identificado con algunas de sus pretensiones y muchos han reconocido la NGC como un campo de gran efervescencia; por recoger el espíritu de numerosos comentarios, el nuevo enfoque cultural estaba proporcionando nuevo interés, nueva vida incluso, al trabajo geográfico (McDowell 1994, Thrift 2000). Sin embargo, los años transcurridos desde entonces, la proliferación de trabajos de todo tipo y una no siempre suficiente dosis de reflexión y serenidad intelectual ha ido abocando a cierto estado de alerta y el surgimiento de críticas de muy distinto signo. La NGC pasaba así de, de estar de moda a estar “en el punto de mira”.

Para algunos, la NGC no ha pasado nunca de ser una moda más. Si “estar de moda” hace referencia a que ha tenido seguidores o adeptos, no habría duda de ello. Sin embargo, si por estar de moda queremos decir que se trata de algo pasajero, insustancial y superfluo, la afirmación requeriría una mayor justificación. Limitarse a decir que es una moda, en tono más o menos despectivo, constituye una actitud defensiva de quienes mantienen otras posiciones (y persisten en no oír las que mantienen otros) que no una crítica consistente.

De mucho mayor calado es, en cambio, la crítica lanzada contra la NGC por ofrecer una visión desmaterializada; ahí han estado nombre importantes, algunos incluso identificados con la misma NGC, alertando de la necesidad de rematerializarla (Thrift 1997; Philo, 1999). Cuando alguien da la voz de alarma casi seguro es que hay algún motivo para ello pero, en mi opinión, esa crítica, bien fundamentada y justificada por otra parte, no va dirigida a la NGC en su conjunto sino a sus formas culturalistas, es decir, aquellas según la cual es la cultura la que explica y no algo a explicar. De formas culturalistas las ha habido siempre en Geografía Cultural, y la NGC nació, en buena parte, precisamente como una crítica a eso (Clua y Zusman, 2002). En las bases teóricas de la NGC había precisamente una voluntad explícita de trascender algunos dualismos que han sido bastante poco útiles para explicar el mundo (economía-cultura, base-superestructura, sociedad-individuo). En definitiva, que la desmaterialización, que puede existir, no es consustancial a la NGC sino, en todo caso, todo lo contrario.

Aún una tercera crítica dirigida a la NGC pero que se extiende fácilmente a todo enfoque sospechoso de simpatizar con lo postmoderno: la que la acusa de ser poco comprometida, de ocuparse de temas poco trascendentes socialmente y de no estar por la labor de entender y transformar el mundo. Existe incluso una cierta propensión a ridiculizar los objetos de estudio por “poco científicos”, trátase de la decodificación de los mensajes publicitarios, o de los hábitos de los consumidores o de cualquier otra “minucia”. Aún resuenan las palabras que David Stoddart dirigía en 1987 a los que investigaban lo que, a su parecer, quedaba lejos de los problemas urgentes: *fiddle if you will, but at least be aware that Rome is burning* (Stoddart, 1987), una frase que parece haberse convertido en poco menos que un distintivo de esa posición crítica hacia una parte de la Geografía Humana actual y, en especial, a la NGC (Hamnett, 2003)

Francamente, no me parece que esas sean críticas genuinas. Una investigación puede ser, efectivamente, intrascendente o superflua, pero difícilmente podríamos sostener ese juicio tan sólo atendiendo a su objeto de estudio. Y si ese juicio va dirigido a la NGC por ocuparse de determinadas cuestiones antes de conocer para qué y para quien lo hace, habría que añadir que, en cualquier caso, esa crítica podría estar referida a cualquier corriente de trabajo geográfico o científico. Otra cosa hubiera sido si la NGC hubiera pretendido ser la panacea o la respuesta a todos los problemas. A menudo me parece que las críticas que dirigimos a los demás están más cerca de nuestras propias debilidades que de las ajenas. En definitiva, el nivel de compromiso no va asociado a los temas de estudio *per se* sino a cómo el geógrafo inserta su trabajo en la sociedad. Después de todo, quien dice ¿qué es lo relevante, o cuáles son los problemas a resolver?

Como conclusión, ante la emergencia un tanto explosiva de lo cultural, de lo discursivo, de las representaciones o de lo diferente que hemos vivido en la Geografía Humana en los últimos años, diría que no hay que aislarse ni atrincherarse. Creo sinceramente, y es en el punto donde colocaría el debate, que todo lo que ayude a entender este mundo complejo puede y debe ser integrado en nuestro análisis (y añadiría que ésta debería ser precisamente una de las características de una geografía crítica).

3. Global y local ¿son escalas de análisis?

Referirse a cualquier problema en términos de sus implicaciones globales y locales constituye ya un lugar común que, a menudo, se presenta como no necesitado de justificación y, menos aún, de reflexión. Pareciera que la “globalización” más que un artefacto explicativo hubiera ya alcanzado el status de objeto de análisis, que rápidamente los investigadores tienden a reforzar con ejemplos “locales”. A pesar de que se señala insistentemente la presencia de factores importantes en una u otra esfera (lo local o lo global) y se anuncia la existencia de una cierta relación dialéctica entre ambas, continúa existiendo una doble tendencia (o probablemente una inercia) en las preferencias de estudio: hay quien prefiere enfatizar el análisis de lo global (para explicar lo local) y hay quien prefiere justo lo contrario: centrarse en las particularidades locales porque ahí está también la clave de lo global (Cochrane 1995).

Sin embargo, tal vez convenga recordar que una cosa es la escala de análisis y otra el ámbito geográfico de estudio (Smith 1993) y que el análisis de cualquier proceso que se desarrolla en el tiempo requiere de un análisis relacional que incluya las interrelaciones entre escalas así como la conciencia de un dinamismo geográfico que constantemente altera y reorganiza esas interacciones.² Tal vez una manera de volver a situar en su lugar el problema de las escalas geográficas sería empezar por afirmar, en un tono quizá excesivamente provocati-

2. Tema que es objeto de debates recientes (Smith, 1993; Marston, 2000; Brenner, 2001) y que había ya planteado con extrema claridad –incluso dibujado– Yves Lacoste en los 70.

vo, que lo global y lo local no existen. Es decir, no existen como escalas de análisis. Lecturas poco geográficas, esto es, incapaces de relacionar diferentes escalas en el análisis de los procesos, llevan, bien a suponer o afirmar una creciente homogeneización del mundo, o bien, analizando casos locales encerrados en si mismos y sin relación con otros territorios, la imposibilidad de entenderlo (Massey 1993, 1996). Una Geografía estática, ajena al análisis de los procesos de cambio, no necesita tener en cuenta la interrelación de escalas sino que puede conformarse con analizar un territorio dado. Pero ésto, si es que alguna vez ha tenido sentido, parece hoy del todo inútil.

De modo que, como punto donde colocar la cuestión a propósito de las escalas geográficas de análisis, propondría olvidarnos momentáneamente de lo global y de lo local para, de nuevo, buscar las escalas adecuadas para entender, a cada paso, el funcionamiento de lo estudiado. En la huida de escalas predefinidas y en el uso de la diversidad de escalas como instrumento de análisis puede que esté precisamente una de las claves para superar los problemas de ilegibilidad del mundo actual.

Bibliografía

- ALBET, Abel (2001). “¿Regiones singulares y regiones sin lugares? Reconsiderando el estudio de lo regional y lo local en el contexto de la geografía postmoderna”. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, núm. 32, p. 35-52.
- BRENNER, Neil (2001). “The limits to scale? Methodological reflections on scalar structuration”. *Progress in Human Geography*, vol. 25, núm. 4, p. 591-614.
- CLUA, Anna; ZUSMAN, Perla (2002). “Más que palabras: otros mundos. Por una geografía cultural crítica”. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, núm. 34, p. 105-117.
- COCHRANE, Allan (1995). “Global worlds and worlds of difference”. En: ANDERSON, James; BROOK, Chris; COCHRANE, Allan [eds.] *A Global World? Re-ordering Political Space*. Milton Keynes: The Open University, p. 249-279.
- HAMNETT, Chris (2003). “Contemporary human geography: fiddling while Rome burns?”. *Geoforum*, vol. 34, p. 1-3.
- HARAWAY, Donna (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- KUHN, Thomas S. (1975). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: F.C.E.
- LACOSTE, Yves (1977). *La Geografía: un arma para la guerra*. Barcelona: Anagrama.
- LYOTARD, Jean-François (1986). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MARSTON, Sallie A. (2000). “The social construction of scale”. *Progress in Human Geography*, vol. 24, núm. 2, p. 219-242.
- MASSEY, Doreen (1993). “Power-geometry and a progressive sense of place”. En: BIRD, J. et al. [eds.] *Mapping the futures: local cultures, global change*. Londres: Routledge, p. 59-69.

- MASSEY, Doreen (1996). "A Global Sense of Place". En: DANIELS, Stephen; LEE, Roger [eds.] *Exploring Human Geography. A Reader*. Londres: Arnold, p. 237-245.
- MCDOWELL, Linda (1994). "The Transformation of Cultural Geography". En: GREGORY, Derek; MARTIN, Ron [eds.] *Human Geography: society, space and social science*. Londres: Macmillan, p. 146-173.
- MCDOWELL, Linda (1997). Understanding Diversity: The Problem of/for "theory". En: BARNES, Trevor; GREGORY, Derek [eds.] *Reading Human Geography. The Poetics and Politics of Inquiry*. Londres: Arnold, p. 124-136.
- PHILO, Chris (1999). "Más palabras, más mundos: reflexiones en torno al "giro cultural" y a la geografía social." *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, núm. 34, p. 81-102.
- PURCELL, Mark (2003). "Islands of practice and the Marston/Brenner debate: toward a more synthetic critical human geography." *Progress in Human Geography*, vol. 27, núm. 3, p. 317-332.
- SAYER, Andrew (1997). "Realism and Geography". En: BARNES, Trevor; GREGORY, Derek [eds.] *Reading Human Geography. The Poetics and Politics of Inquiry*. Londres: Arnold, p. 112-124.
- SMITH, Neil (1993). "Homeless/global: scaling places". En: BIRD, J. et al [eds.] *Mapping the futures: local cultures, global change*. Londres: Routledge, p. 87-119.
- STODDART, David (1987). "To Claim the High Ground: Geography for the End of the Century." *Transactions of the Institute of British Geographers*, núm. 12, p. 327-336.
- THRIFT, Nigel (2000). "Dead or alive?". En: COOK, Ian; CROUCH, David; NAYLOR, Simon; RYAN, James R., [eds.] *Cultural Turns/Geographical Turns*. Harlow: Prentice Hall, p. 1-6.

GEOGRAFÍA, CULTURA Y POSTMODERNIDAD

Xosé M. Santos Solla

Sin duda la sensibilidad postmoderna ha ayudado en la tarea de hacer una geografía crítica a pesar del hecho de que muchas veces no sea más que una fachada que no va acompañada de ningún tipo de compromiso. La famosa celebración de la diferencia con frecuencia no es más que eso: celebración y no un compromiso efectivo. Con todo creo que debemos aprovechar todo lo positivo que tiene esta sensibilidad porque estamos inmersos en ella y difícilmente podremos escapar, a pesar de las numerosas contradicciones que tiene y que han sido puestas de manifiesto por diferentes autores. Por otro lado, creo que para la geografía implicó cambios importantes, tal vez tan trascendentales como los aportados por las ideas originadas por las geografías radicales. En este sentido habría que destacar no solamente los nuevos enfoques y los nuevos temas sino también las nuevas amistades que nos acompañan y que no siempre supimos, o sabemos, aprovechar.

De todas las maneras, hay algunas cuestiones que nos deben hacer reflexionar y que, probablemente, entren en contradicción con lo señalado en el párrafo anterior. fundamentalmente me estoy refiriendo a la preocupación por ser socialmente útiles, afirmación que estamos interpretando en el sentido de ser socialmente útiles al sistema. Evidentemente esto está favorecido por la propia presión de las universidades y de la sociedad y que nosotros mismos trasladamos a los estudiantes para que ellos también tengan la conciencia de la necesidad de alcanzar esa utilidad. Paradójicamente, en los últimos años la aproximación a la economía representa la cercanía a una de las disciplinas más útiles al sistema. Da la impresión de que cada vez estamos más integrados en los aparatos ideológicos del poder. Como dice Lyotard, nuestro objetivo (como científicos) ya no es la verdad sino el rendimiento; ya no creamos ideales sino habilidades.

No es bueno caer en el pesimismo ni en el moralismo y más bien habría que pensar en que tenemos una buena capacidad de resistencia que nos permite, incluso desde el interior del propio sistema, desestabilizarlo, bien para cambiarlo bien para hacerlo más justo. La quiebra de los límites entre el activismo y la academia, de la que nos habla P. Routledge, es posible a través de una continua reflexión sobre el papel de nuestra disciplina y de nuestra situación en la misma; también en relación a las otras ciencias y, sobre todo, en relación a la sociedad. En este sentido habría que insistir en el hecho de que lo importante no es lo que se investiga, sino cómo lo hacemos. Por suerte la sensibilidad postmoderna ayudó a abrir el campo de visión; nuestra habilidad para jugar con el cambio de escalas estimulan la comprensión de la sociedad actual; y las nuevas (y viejas) amistades están continuamente enriqueciéndonos. Lo que ahora nos falta es recuperar ese compromiso social, esa acción que potencialmente tiene el enfoque cultural y que caracterizó la etapa inicial de los estudios culturales; tenemos que ir más allá de la simple sofisticación teórica encerrada en su torre de marfil.

Creo que la sensibilidad postmoderna y el cambio cultural de la geografía, sea o no una moda, está sirviendo para interpretar las diferentes realidades en nuestro contexto histórico y sólo por eso merece la pena que sean valoradas. Otra cosa bien diferente es que en la geografía que se hace en el Estado español se pueda hablar efectivamente de la presencia activa de alguna de estas tendencias.

En cuanto a la geografía cultural, a penas se puede citar a un par de personas que realmente muestren una trayectoria coherente en este sentido, a pesar del interés de los relativamente recientes monográficos de *Documents d'Anàlisi Geogràfica* y del *Boletín de la AGE*. Da la impresión de que hay gente en la geografía que se hace en España que realmente está interesada en esta nueva geografía cultural, si bien parece que existe una cierta vergüenza a su reconocimiento; de hecho hay quien combina una investigación *seria* (i.e. socialmente útil) y otra de *hobby*, la cultural a la que, en consecuencia, no parece que se le atribuya ningún significado de utilidad. No obstante, el cambio cultural en la geografía humana española va entrando lentamente y su influen-

cia se percibe cada día con más claridad. Evidentemente, estas carencias no significan ni mucho menos que no se produzcan magníficas aportaciones, como muy bien indica E. Mendizábal en la revista *Documents d'Anàlisi Geogràfica* (1999).

Con todo creo que la preocupación por la búsqueda del reconocimiento científico con frecuencia sólo sirve para bloquearnos. Como decía antes, queremos ser tan útiles, mantener e incrementar nuestro estatus científico, que incluso llegamos a perder nuestra propia identidad. Esto es especialmente cierto en una parte de la geografía física que parece que quiere renunciar a la palabra geografía para acercarse a las ciencias naturales, si bien también encontramos ejemplos en la geografía humana. La creación del Colegio de Geógrafos es, paradójicamente, una demostración de esa preocupación que llega a ser a veces paralizante, por mucho que aquélla sea una iniciativa importante y necesaria. Hay debates que es preciso retomar aunque parezcan pasados de moda o reiterativos: ¿hacia dónde va la geografía física, o al menos una parte?, ¿qué sentido tiene la separación entre la geografía humana y el análisis geográfico regional?

Hoy la mirada del investigador no existe en la medida en que no tenga trascendencia social y ésta es otorgada por el poder y, sobre todo, por los medios de comunicación. El ejemplo del *Prestige* es muy significativo de cómo hay que orientar la investigación para que se considere socialmente útil. También nosotros en el ámbito de la postmodernidad desarrollamos una cultura comercial que reproduce la lógica del capitalismo de consumo. Como decía Marx, un producto sólo obtiene el último acabado en el consumo; y en eso estamos nosotros. Sin embargo no es bueno caer en el pesimismo de Jameson cuando habla de la cultura comercial sin esperanzas.

Desgraciadamente el imperialismo también se ha impuesto en la academia en sus diferentes escalas. Da la impresión de que si no leemos o citamos en inglés nuestro trabajo es menos válido. A esto nos obliga el actual sistema que favorece las publicaciones llamadas internacionales, que es casi sinónimo de anglo-sajón. Además éstas se dejan seducir fácilmente por ese imperialismo. Ya ha sido demostrado que esas revistas supuestamente internacionales no lo son tanto. También resulta paradójico comprobar cómo el reconocimiento internacional existe cuando se escribe o se traduce al inglés, incluso para los grandes autores del pensamiento contemporáneo, como Foucault o Lyotard, entre otros autores franceses o alemanes.

Pero este imperialismo académico del inglés y de lo anglo se refleja también en el comportamiento del castellano y de la geografía en el Estado español. ¿qué futuro hay para la práctica de la geografía en gallego, euskera o catalán?, ¿cuántas revistas, como el *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, se van a abrir a la pluralidad lingüística del Estado?

La geografía en estos últimos años aprendió a estar con el poder, si es que alguna vez estuvo apartada del mismo. Esto elimina buena parte del espíritu crítico o, tal vez, lo desplaza para un plano secundario. Creo que la nueva geo-

grafía cultural sí tiene un enorme atractivo (probablemente más potencial que real) pero que no siempre se toma en consideración, bien porque se duda de que eso sea geografía o bien porque ni siquiera le dedicamos un tiempo para formarnos en ese ámbito. Esto último representa un nuevo y serio problema. La mayor parte de nosotros hemos entrado en una dinámica de docencia, de investigación y de burocracia tan acelerada que hemos olvidamos algo tan importante como es aprender. Resulta paradójico comprobar como alguna de la gente que más lee apenas escribe y, al contrario, muchos de los que más escriben apenas leen.

Para terminar estas breves reflexiones me gustaría señalar algunas cuestiones que pueden resultar algo polémicas: ¿existe realmente una geografía española o simplemente un conjunto de personas que hacen geografía y que se juntan en torno a una asociación llamada AGE? Entiendo que para que efectivamente exista una geografía española tiene que haber una reflexión interna y un debate que permita construir e identificar unas líneas de pensamiento científico. Es cierto que hay varias escuelas que permiten identificar grupos y tendencias (en alguna ocasión se habló de familias), pero ¿es eso suficiente para definir y reconocer una geografía española? Evidentemente esto no significa que no existan buenos profesionales y buenos trabajos. En esto concuerdo con E. Mendizábal cuando habla de que en países no anglófonos y no francófonos también hay aportaciones muy interesantes. Pero aún con esta afirmación, a mi entender debemos seguir hablando de un centro (que es anglosajón porque es ahí donde está el núcleo teórico) y de una periferia, así como de una semi-periferia. En alguna de estas últimas categorías creo que se encontraría esa geografía que se hace en España, constituyendo no tanto un grupo identificable sino más bien un conjunto de individuos y equipos que tratan de seguir las líneas del centro; aunque con demasiada frecuencia encerrándose en un proteccionismo aislacionista alarmante. En este sentido me gustaría llamar la atención sobre el hecho de la incapacidad para articular un pensamiento geográfico latino y ni siquiera ibérico (y ahí está el ejemplo del agonizante coloquio ibérico), cosa que en otros ámbitos científicos y culturales sí parece existir. De nuevo se puede decir que también en la geografía estamos demasiado preocupados por ingresar en el centro olvidando otras estrategias de colaboración con otras periferias o semi-periferias.

Referencias Bibliográficas

- Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*. Nº 34, 2002. Especial Geografía Cultural
- Documents d'Anàlisi Geogràfica*. Nº 40, 2002. Especial Geografías Disidentes
- Documents d'Anàlisi Geogràfica*. Nº 34, 1999. Especial Geografía Cultural.